La casa frente al mar

Marie-Célie Agnant

Traducción: Celso Medina

Las ventanas dan hacia la playa. Después de la tragedia, hemos puesto cortinas muy pesadas para que no se caigan nunca. El mar no asistirá al espectáculo de nuestro sufrimiento ni al de nuestro alivio. Para nosotros, es otra manera de atenuar las sombras que, obstinadamente, interponen arenas entre el mar y nosotros. En el día todo va bien. El vaivén de lo cotidiano nos hace menos pesado el tiempo. No obstante, cuando viene la tarde, en la oscuridad, pensamos en ellos. También en él, allá arriba en Rochelle, en ese pequeño palacio que se hizo construir en medio del bosque. Recuerdo entonces la misma frase, penosa y lancinante, con las mismas palabras: Todo se terminó o más bien todo comenzó en esa velada de Saint- Silvestre cuando se detuvo para venir en ayuda de un motociclista…

Detrás de las ventanas cerradas, vivía con Adrienne, mi madre. Somos dos sombras, dos fantasmas, vagando sobre riberas de ausencias. Somos cenizas de una existencia que ya nadie recuerda. La mayor parte de las familias que, como nosotros, vivió aquello que pasó en esa velada de Saint-Sylvestre, se ha ido, arrastrando consigo sus jirones y migajas. ¿Pudieron ellos olvidar? Al menos, ¿consiguieron la paz?

No dejamos Sapotille. Cuando era niña, el mundo para mí se resumía a ese pueblo, a sus casas con sus grandes galerías y a sus patios sombreados. El patio de nuestra casa era mi reino. Había un granado, sus flores rojas y sus frutos. Ese era mi palacio maravilloso, dársena donde navegaban barcos que estaban hechos con las hojas de árboles. Y el tronco del pan de año con sus hojas de parasol era el rey de mi reino. Allí estaban todas mis motivaciones, mis hermanos, y de seguro, Philippe, en quien pensaba, sentado a horcajadas sobre las ramas del granado. El granado está siempre allí. Aparto la cortina para echar una mirada furtiva.

Cuando era niña, el mundo era la iglesia de Sapotille y su repique de campanas que dominaba el monte Jacob y se extendía hacia el océano. Sapotille, cuyas casas han sido corroídas por la sal del mar, porque las grandes marejadas, desconchan su bases. Sapotille que siempre será para mí el mundo al que he dado todo aquello que mi corazón puede contener de amor, de rabia y pasión.

A mamá y a mí nos da lo mismo los pasos iniciales grabados sobre una piedra en un cementerio, las calles desfondadas, el murmullo infinito de la arena y los recuerdos; es todo lo que nos queda, no podemos abandonarlo. Los recuerdos son de las horrorosas cárceles y de innobles tiranos. Nos atenazan, nos persiguen, nos poseen y regulan nuestra existencia a partir de ese día. A causa de ellos, mamá y yo hemos devenido mudas, como las piedras, no sabemos otra lengua que la que ellas nos dictan.

Algunas veces mamá escribió. En ese entonces ella soñó con ser escritora. Pero en este país no hubo lugar más que para el poder y su demencia. Adrienne tuvo que enterrar rápidamente su amor por las palabras. Sabiamente escondió sus cuadernos y sus lápices. Pero cuando el dolor deviene muy crudo, ella lo suelta, los desempolva para probar atenuar esa pena que, como una fiebre maligna, ha tomado posesión de toda su existencia. : Todo se terminó o más bien todo comenzó en esa velada de Saint-Silvestre cuando se detuvo para venir en ayuda de un motociclista…

Detrás de las cortinas cerradas, Adrienne y yo, dos islas vagando en la gran isla, Sapotille, este pueblo continúa viviendo, respirando, no sabemos cómo. Durante mucho tiempo, nos hemos interrogado sobre todo cómo hemos podido sacar fuerzas para continuar. ¿Cómo el ser humano, nos preguntamos, ha podido sobrevivir a tanto horror? No queremos ir al fondo de las cosas por ahora. Es inútil. No nos queda más que hacer. El deseo de un fin que nos libere de todo es la única cosa viviente en esta casa que mira hacia el mar. Allí está, palpitante, acurrucada en nosotros, tal como un infante que nos terminamos de ser.

Todos los otros, aquellos que no están muertos, han partido, abandonando Sapotille en esta estación interminable del miedo y de la sin razón. Se han marchado definitivamente. El último en partir, Guy, el benjamín, aquel que pasó inadvertido, porque ese día se quedó dormido en la playa, atravesó presurosamente la frontera, vestido de mujer. Una larga falda de campesina escondía sus pantorrillas velludas. Quiso mantenerse con nosotros. Pero él finalmente terminó por hacer una elección terrible: partir. Puesto que no puedo exorcizar el pasado, puesto que todos los otros han muerto, él estaba allí, arriba con sus guardias y sus perros, su piscina y sus caballos, puesto que no puedo hacer más, no me queda más que huir. Esas fueron las últimas palabras que Guy nos había dicho antes de su inmersión en la noche del olvido, hace treinta años.

Él, allá arriba, se llama Philippe. Philippe Breton. Te digo su nombre a fin de que, como yo, lo recuerdes. Era mi novio, creció entre nosotros. Con mis hermanos, Carl, Jacques, Guy y los otros, y conmigo, conmigo que lo amé… no sé más. Todo esto que recuerdo hoy día, treinta años después que todo llegó a su fin, es justamente ese último día de mi vida que recordaré, en lo más profundo de mí, en esta marejada testaruda que me sobreviene cuando en la playa Philippe me cubría con su aliento. Niña, yo lo recuerdo en las ramas del granado. A los dieciocho años amaba a Philippe, a ese amor de dieciocho años que no sabría en absoluto nombrar.

Niños, jugando las canicas, Philippe se raspó las rodillas sobre las mismas rocas que mis hijos, escribe mi madre. Los hermanos de Marisa, eran seis, se dirigían a la escuela. Corrían juntos hacia la playa, inmersos en las espumas blancas de las olas, salpicándose y riéndose. Recuerdo, había comido en nuestra mesa, al mediodía, al lado de mis hijos. Con mi primogénito, Jacques, había pasado temporadas enteras leyendo en la playa. Cuántas veces el sueño les sorprendió a los dos, agotados, con los

gruesos papeles.

Cuántas veces les había contemplado antes de resolverme a revelarles, para sorpresa de Philippe, el aire tonto y confuso en medio de libros que querían leer todos al mismo tiempo. Esta biblioteca, en el granero, pertenecía a mi padre y sólo Jacques y Philippe también tenían el derecho a instalarse allí. En esa época, Philippe era un joven dulce, respetuoso, afanoso y trabajador, cualidades que mi padre, profesor atento, sabía respetar.

"Ese muchacho llegará lejos", decía papá, pleno de admiración y me lanzaba una mirada a hurtadillas. "Lástima que Guy y Antoine no sean como él", y continuaba sin parar deplorando la bohemia de sus dos jóvenes hijos. Mi padre, Daniel Saint-Cyrien, era también abogado, pero había dejado ya de ejercer, pues había comprendido, como le gustaba decir, que los tiempos no eran los mismos, ni en Sapotille ni en ninguna otra región del país; aquellos que habían decidido controlar todo también habían resuelto transformar los habitantes del país en espectadores de su propia existencia.

Todo se terminó o más bien todo comenzó en esa velada de Saint- Silvestre. Acababa de cumplir diecinueve años y Philippe, veinticuatro. Regresando de una visita, mi padre, se encuentra en la esquina de Quatre-Chemins con un motociclista accidentado.

- ¿Philippe, tú, a estas horas por aquí?
- No se acerque, señor Saint-Cyrien¡, dijo Philippe, con una voz fría y llena de reto.

A pesar de la oscuridad, mi padre se dio cuenta de que Philippe tenía no sólo los ojos inyectados de sangre, sino que sus manos y su ropa estaban también manchadas de rojo. Torpemente intentó esconder un revólver que mi padre percibió en medio de la penumbra. No podía encontrar la mirada de ese Philippe inteligente y tesonero que conocía desde siempre. A unos pocos pasos de él, veía a un ser desfigurado por el odio, dispuesto a dispararle.

- ¿Tú también, Philippe?
- Ahora que lo sabe, señor Saint-Chirríen, ¿qué piensa hacer?

Mi padre se devolvió y huyó, con el corazón lleno de tristeza y disgusto.

El otro día se despertó más tarde de lo habitual, y nos habló largamente a mis hermanos y a mí. Mamá ya sabía algo. Ella tenía la cara de un condenado a muerte, sus ojos estaban rojos por una noche de insomnio.

Sin rodeos, papá nos habló de Philippe y de la gente que como él habían reclutado y que estaba dispuesta matar. Nos explicó su rol en el clima de terror que se había impuesto en Sapotille y en todo el país. "El olor fétido de la corrupción, del crimen y de la traición ilimitada hasta ahora ha invadido nuestras moradas". Nos dijo, para terminar: "Vendrá un día en que esas personas comerán sin asco la carne de su propia madre".

Hacía mucho tiempo que Philippe, pretextando prepararse para los exámenes, no venía a nuestra casa. "Yo sabía, prosigue mi padre, que esa ausencia escondía alguna cosa extraña, pero rezaba al cielo, con la esperanza idiota de que todo esos rumores sobre su persona no fuesen más que calumnias…" Me miraba directo a los ojos. Habíamos entendido todo.

En ese momento, la angustia y la rabia confundidas reemplazaban la sangre de mi cuerpo. Vivía con la sensación de una sombra espesa instalándose en mi corazón. Mis hermanos, nerviosos, venían a mi cuarto a paso de lobo, a traerme noticias. Hablábamos en voz baja. Ellos habían perdido muchos de sus amigos. Nadie sabía si los que desaparecían estaban en prisión o habían muerto. No estaban más allí, simplemente. Sus parientes, cuando no eran ellos también apresados, se reunían, asustados, sin saber dónde ir ni a quién dirigirse. Todos ellos, como nosotros, temblaban cada vez que pasaba un camión en la noche.

Llegaron en medio de la noche, armados hasta los dientes. Llevaban capuchas negras. ¿Estaba Philippe entre ellos? No quería saberlo, no olvidaré nunca la mirada desesperada de mamá, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar. Se llevarían a Jacques, Daniel, Carl, Víctor y Antonio, y seguramente, a papá. "Simplemente los llevaremos a la oficina, ustedes tienen que responder a algunas preguntas". Sabíamos que ninguno regresaría, pero estábamos impactados por esa frase.

¿Cómo fueron los días y las noches posteriores? No volverían, hasta ese día… en que aparecieron aglomerados en la playa jirones de camisas flotando, esos cuerpos hinchados y desconocidos que el mar vomitaba. Una marejada de habitantes de descendió corriendo hasta la playa, intentando identificar los cuerpos. Adrienne y yo permanecimos en la ventana. El sol sobre el mar tenía ese día color de sangre.

¿Cómo describir el tumulto y los gritos que se elevaban sobre la playa? ¿Cómo describir el caos que desde ese entonces se instaló en nuestra vida?

Tarde en la noche, las últimas mujeres retornaron a sus casas. Silenciosas, subieron la loma de Jacob y marcharon con la voz del mar en la cabeza, como un silbido siniestro. Luego todo quedó atrás, los días, las horas… y nosotras estamos instaladas por siempre, mamá y yo, en las veladas de la ausencia, frente al mar que siempre interrogamos.

En el día, cuando en la parte baja del pueblo los ruidos del mercado y los ecos de la vida parecen estar jugando al olvido, en los tumultos cotidianos, nosotras jugamos a algo parecido. Pero viene la tarde, sobre todo en la proximidad de diciembre, cuando vuelve la Saint-Sylvestre, nosotras regresamos a cada sonido, a cada gesto, a cada destello de luna, a ese carrusel infernal de muertos-vivientes y espectros que obsesionarán siempre a Sapotille y a nuestra casa frente al mar.